

Colección  
*Lecciones de cosas*  
(ensayo)  
XXXI

Imagen de portada: Josep Maria Subirach. *Monumento a Ramón Llull*. Monserat, 1976.

© de los textos: José Luis Suárez Bodelón

© de las fotos: sus autores

© Josep Maria Subirachs: herederos de Josep Maria Subirachs

© Antonio Buero Vallejo: herederos de Antonio Buero Vallejo

© Antonio López: VEGAP, Benalmádena, 2021

© de esta edición: **EDA libros**

c/ Pinsapo 15, Local 11  
29639 Benalmádena, Málaga  
Teléfono: 952 448 420  
email: edalibros@edalibros.com

I.S.B.N.: 978-84-122099-7-6

Depósito legal:

LUIS BODELÓN

## DIÁLOGOS CON LA CULTURA

*Presentación de*  
**Ignacio Gómez de Liaño**



*Entrevistas con*  
**Julio Caro Baroja**  
**Luis Sánchez Agesta**  
**Luis Racionero**  
**Josep Maria Subirachs**  
**Gonzalo Torrente Ballester**  
**Josep Soler**  
**Antonio Buero Vallejo**  
**Antonio López**  
**Rafael Alberti**  
**Ignacio Gómez de Liaño**

Málaga, 2021

No hay viento favorable  
para el que no sabe adónde va.  
SÉNECA

## **Presentación**

*Un libro de entrevistas, eso es este libro de Luis Bodelón. Un libro que trata, desde diferentes perspectivas –tantas como personas–, de lo que dice el título: Diálogos con la Cultura. Son las perspectivas que aportan personalidades del mundo de la alta cultura: un historiador, un jurista, un ensayista, un escultor, un novelista, un músico, un dramaturgo, un pintor, un poeta y alguien, como es mi caso, que ha cultivado géneros variados: poesía, filosofía, novela, teatro, historia, diario, ciencia... A algunos de los entrevistados los conocí personalmente, lo que fue un honor y un placer: es el caso de Luis Racionero y de Julio Caro Baroja. Con otros –Buero Vallejo–, tuve un intercambio epistolar, importante para mí, que se puede seguir en mi libro En la red del tiempo 1972-1977. Diario personal. Con Torrente Ballester y Antonio López coincidí en eso que se llama “eventos de cultura”. A Torrente lo acompañé en no sé qué homenaje que a ambos nos hicieron, muchos años ha, en mi pueblo familiar: Peñaranda de Bracamonte. A Antonio López lo he visto en alguna galería de arte. Con Luis Racionero tuve la suerte de pasear por París y La Habana, siempre en busca de libros. De libros raros, incluso singulares. También le vi aparecer una vez en Cadaqués, en la casa de Dalí. Yo estaba conversando con el pintor*

y de pronto apareció un grupo de personas encabezado por Racionero, pero Dalí, que era muy suyo, prefirió seguir nuestra conversación a solas, y solo pude saludar al ensayista alzando la mano. Racionero me invitó a la fiesta que dio con motivo de una boda suya. Los balcones de la casa daban al Real Jardín Botánico. Los reunidos éramos todos amigos. De cómo acabó aquella historia me habló largamente mientras paseábamos por La Habana y por una playa próxima. Con gran aprecio y afecto, así es como recuerdo a Luis Racionero, que nos ha dejado hace solo unos meses.

Un libro de entrevistas..., y yo estoy aquí armando esta presentación a causa de una entrevista que Luis Bodelón me hizo hace un par de años. La tituló "Escribir y leer es vivir más intensamente" y apareció en el N° 827 (Mayo, 2019) de Cuadernos Hispanoamericanos, histórica revista dirigida por Juan Malpartida. Su preparación nos llevó varios meses. Luis Bodelón siempre quería ir más al fondo. No fue él, ni yo, sino el profesor Salvador Villena Rico –buen conocedor de mi obra y autor de un libro reciente, titulado Afonismos– el que sugirió incluirla en este libro, que inicialmente solo pretendía rescatar entrevistas realizadas a finales de los años 80. Después de dar algunas vueltas al asunto, Bodelón y yo hicimos nuestra la idea de Salvador Villena. Nos pareció que esa entrevista redondeaba la perspectiva abierta por los otros autores. Con ese diálogo el coro estaba al fin completo, y de la memoria del pasado pasábamos a la del presente.

Luis Bodelón me dio a leer su libro y me invitó a prologarlo justo a la vuelta de las vacaciones veraniegas, que pasé en Málaga. Allí me dediqué –curiosa coincidencia– a leer algunos de los muchos libros de entrevistas que tiene Salvador Villena Rico en su biblioteca. Me entregué a esas lecturas sin conocer la invitación con que Bodelón me esperaba en Madrid. Podría escribir no sé cuántas páginas sobre los libros que leí en Málaga, pero me voy a limitar a dar unas pocas pinceladas. Empecé con un libro de conversaciones con José "Pepín" Bello –este tenía ya algo más de cien años– en las que salen a relucir los juveniles y creativos tiempos de la Residencia de Estudiantes, con Lorca, Dalí, Buñuel como protagonistas, y los terribles de la guerra civil

que Pepín padeció en Madrid. Seguí con otro, esta vez de conversaciones con el filósofo Bertrand Russell que me pareció menos apasionante. En el libro dedicado a Ernst Jünger, uno de los dos entrevistadores era un admirado amigo mío, Franco Volpi, que murió atropellado por un camión a las afueras de Vicenza, cuando corría por una carretera el Domingo de Resurrección. Otro viejo amigo, Eduardo Chamorro, con el que coincidí en el Londres del otoño de 1975 –él estaba como corresponsal de prensa– y que falleció hace algunos años, forja un gran libro-entrevista a Manuel Fraga Iribarne, en el que este aparece no solo como el enérgico hombre de Estado que era don Manuel, sino sobre todo como el destacado –y poco conocido– autor de importantes libros de ensayo centrados en la política. Otros de los libros de la biblioteca de Salvador Villena Rico que leí, lo formaban las numerosas y bien preparadas entrevistas hechas por Vintila Horia a variados y relevantes personajes de todos los campos de la cultura y que se encuentran en su Viaje a los centros de la tierra, libro que sigue siendo de gran actualidad. Mientras que, en ese caso, el entrevistador era solo uno, aunque los entrevistados eran muchos, en el caso de Entrevistas de la Historia. 1859-1992, que también leí, los numerosos personajes de todo tipo y pelaje que figuran en el grueso volumen eran interrogados por no menos abundantes y variopintos entrevistadores.

Aún no me había asomado por encima de ese alud de diálogos, aún me sentía recorriendo una especie de ciudad fantástica que hubiera sido reconstruida por Campanella y el autor de una Humana Comedia que, como la Divina de Dante, tuviese sus Infierno, Purgatorio y Paraíso, cuando, ya de vuelta en Madrid, Luis Bodelón me invitó a presentar con algunas páginas su libro, que yo no había leído todavía. Y de nuevo se produjo el fenómeno sincrónico... ¿En qué consistió? Consistió en lo siguiente:

Luis y yo habíamos ido a darnos un paseo por los jardines del Buen Retiro. Estábamos en la zona del Parterre, cuando empecé a hablarme de su libro, del prólogo... y, de pronto, suena mi teléfono móvil. Era el gran artista geométrico-cromático Julián Gil, al que conozco desde los primeros años 60. La razón de su llamada era... que le hiciese una entrevista de siete preguntas

sobre la sentencia *ars longa vita brevis* para el catálogo de una exposición que iba a hacer en Polonia. Le dije, claro está, que sí, y a Luis Bodelón, que el fenómeno sincrónico de la llamada de Julián Gil me aconsejaba, incluso me obligaba, a responder afirmativamente a su propuesta.

Pero la sorpresa principal vino cuando leí el libro, pues me gustó mucho. Era el libro de un joven que quiere penetrar en los más variados campos de la cultura y que, en todos ellos descubre algo valioso e intelectualmente enriquecedor. Para decirlo con sus palabras: “para todas estas preguntas –y algunas más– busqué y hallé respuestas en personas sobresalientes, conocedores y sabios guías”. Eso era lo que el joven Luis Bodelón buscaba: personas sobresalientes en los diferentes campos de la cultura –la historia y la antropología, la ciencia jurídica, el ensayo, la música, las artes plásticas, la poesía...–, pues en su interior sentía hervir el apetito del conocimiento y la necesidad de encontrar “sabios guías” que le orientasen en el difícil mundo de finales del siglo. “Sigo preguntándome muchas cosas”, añade, “pero recibir respuestas, caminar en compañía de maestros es un don, un preciado regalo que brinda la oportunidad de compartir lo que nos hace más humanos: no solo la sabiduría, la experiencia de una vida, sino el corazón”. Esa es una cualidad de Luis Bodelón: ha hecho todo lo posible para que su cerebro y su corazón lleguen a un mutuo entendimiento. Para que el conocimiento y el sentimiento firmen una estrecha alianza.

La primera de las entrevistas de Diálogos con la Cultura la protagoniza el gran historiador, antropólogo y también dibujante etnológico Julio Caro Baroja, miembro de una gran familia de sabios y artistas. Un día me lo presentó en la calle Miguel Ángel, cerca de la glorieta de Rubén Darío, mi mentor Paulino Garagorri, gran discípulo de Ortega y Gasset y editor de su obra. Recuerdo que Caro Baroja hizo referencia a mi primer libro, *Los juegos del Sacromonte* (1975), del que hizo una reseña en la prensa. Muchos años después, hace dos, tuve el privilegio de ser invitado por Carmen Caro, sobrina de don Julio, a visitar su finca malagueña, *El Carambuco*, situada cerca de Churriana y de la Casa de Gerald Brenan. Recuerdo los cuadros, los libros,

los muebles, el ambiente de vida familiar, intelectual y casi conventual de la mansión, y el precioso jardín que la abraza con su fantástico ombú.

De las dos conversaciones de Luis Bodelón con Caro Baroja voy a transcribir unas pocas frases, que me parecen llenas de sabiduría e incluso de la audacia que solo pueden permitirse los espíritus libres de ataduras sociales. “La verdad es que la Madre Naturaleza no es muy favorable: plagas, epidemias, enfermedades”. Diríase que, al pronunciar estas palabras, don Julio se adelantaba a la situación de pandemia –y de “plandemia”– planetaria que estamos sufriendo en estas fechas (hoy es 21 de septiembre de 2020). “En el Siglo de las Luces, en el positivismo”, dice también, “se creía que se progresa, que lo de hoy es siempre mejor que lo de ayer. Yo sobre estas mejorías tengo mis dudas”. Yo también, don Julio, tengo mis dudas. Se progresa por fuera, pero no por dentro, para decirlo a la pata la llana.

“Los efectos que tiene la televisión son desastrosos; rompe con la costumbre de la conversación, la lectura...”. De nuevo me sumo al sensato catastrofismo de Caro Baroja, como también a su sentencia: “Eso de no comulgar con ruedas de molino aquí molesta mucho”. En efecto, quien rompe moldes y se salta a la torera lo consabido y lo establecido por el poder debe saber que a la vuelta de la esquina le esperan las penas del infierno. O sea, las del silenciamiento, que son las peores de todas.

“En España vivimos un poco una cultura de traducciones, un poco de prestado sobre lo que se hace en otros países”. Esta es una experiencia terrible, demoledora, que tenemos los que nos dedicamos a la cultura. Basta con que Julio Caro Baroja se llamase Jules Cahr-Barth para que sus obras las viésemos convertidas en libros de texto y de referencia de todas nuestras universidades. La servidumbre colonial que padece la cultura española desde hace más de medio siglo merecería un estudio concienzudo. Lo grave de ese colonialismo es que a los colonizados, o sea, a los “intelectuales” españoles, les encanta ponerse de rodillas ante los colonizadores.

Del segundo de los entrevistados, el ilustre catedrático Luis Sánchez Agesta, solo mencionaré tres frases iluminadoras. En la

primera destaca “la sociabilidad del hombre”, lo que colisiona con la tesis de que “el hombre es un lobo para el hombre”. En la segunda nos aclara un punto importante de la vida política cuando dice que “el político no es un teórico [...] es fundamentalmente un hombre de acción, y, además, un hombre con apetito de poder, con el deseo de imponer sus ideas y opiniones”. La tercera frase revela una verdad de la vida política que, de ser conocida por todo el mundo, evitaría a la sociedad buena parte de sus desgracias. Dice: “Cuando surge un santo capaz de convencer a muchas personas, la sociedad se derrumba”. ¡Qué peligrosos son los “santos” de la política, o sea, todos esos políticos que se convierten en objetos de veneración y culto, como Lenin, Hitler, Mao, el Ché, Jomeini...!

De mi admirado amigo Luis Racionero podría destacar muchas frases, pero me limitaré a estas cuatro:

“El pensador, para mí, tiene dos papeles. Dar testimonio de su época, reflejar lo que está pasando; pero esto no basta. Su segunda función es sugerir nuevas posibilidades. A partir de un análisis de lo que hay, proponer cosas”. Es esto precisamente lo que intenta hacer Bodelón en su libro.

“La mayoría de las personas funcionan como estímulo-respuesta. Esto nos aproxima a los animales. Lo propiamente humano es meditar entre estímulo y respuesta, hacer una reflexión y esto es la ética”. Justamente, es ese afán de reflexionar, de superar la conducta basada en el “estímulo-respuesta”, de conducirse en la vida y en el pensamiento de forma ética, algo que reflejan bien las respuestas de todos los entrevistados por Bodelón.

“¿Qué autores, en poesía, elegiría? Baudelaire, Li-Po, Hafiz (el persa), San Juan de la Cruz”. Grandes poetas, esos cuatro: uno francés, otro chino, otro persa y otro español. Son buenos testimonios de la cosmopolita cultura de Luis Racionero.

“La tendencia que hay en los países más urbanizados es que desaparecen las fronteras entre civilización urbana y campo”. Racionero, que era un adelantado del urbanismo, plantea en esa frase el diálogo que debe haber entre el campo y la ciudad. Un diálogo que, como estamos viendo, es cada vez más necesario.

Del escultor Josep María Subirachs he subrayado dos respuestas: “El arte es siempre una especie de lucha contra la naturaleza”, y “El presente está lleno de cosas que el tiempo dejará aparcadas. Cuando vemos cosas del pasado, vemos lo bueno, lo malo ha desaparecido”. En un caso tenemos la inevitable polémica entre Arte y Naturaleza, de la que los artistas no son siempre conscientes; en el otro, la no menos afilada entre el tiempo presente y el pasado.

De Gonzalo Torrente Ballester, que es tal vez uno de los entrevistados con trayectoria más complicada, a despecho de las apariencias, digo, de sus respuestas, me he fijado en la que da a Luis Bodelón cuando este le pregunta: “¿Qué es, para usted, escribir?” Entonces, le dice Torrente: “Una necesidad, un placer”. Es verdad que, en la creación literaria, la necesidad que el escritor tiene de escribir se confunde con el placer que siente al hacerlo, lo que no suele ocurrir en las otras actividades de la vida. En la lista de sus autores favoritos Torrente Ballester incluye a “Sterne (Lawrence), Joyce, Shakespeare, Proust, Rilke, Pirandello, Dostoiesky, Pessoa, Dante, Goethe. Cervantes y Clarín. Góngora y Quevedo”. O sea, incluye los géneros de la novela, el drama, la poesía lírica, la poesía épica..., y a autores de Irlanda, Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Rusia, Portugal, España... Me ha llamado la atención que no incluyese ningún autor de filosofía...

Del músico Josep Soler me he fijado, sobre todo, en tres consideraciones. En la primera se pregunta: “¿Cómo es posible que los hijos de Bach dijeran que la música de su padre estaba pasada de moda?”. Se le podría responder que, desgraciadamente, así es la vida. No es raro que los hijos quieran eliminar, psicológicamente, al Padre, en el que ven la Represión, la Autoridad. En la segunda, Soler señala que el faraón Akhenaton sirvió probablemente como modelo del griego rey Edipo. Tras dar vueltas al asunto, llegué a la conclusión de que Soler podía estar en lo cierto, lo que abre una puerta egipcia a la tragedia griega.

En otro momento, el músico Soler hace referencia a obras y figuras que son para mí especialmente atractivas: “Recuerdo ahora una película extraordinaria de los años sesenta sobre la

ópera El Caballero de la Rosa. [...] Pueden pasar muchos años hasta que vuelvan a coincidir un Strauss, un Hoffmansthal, un Karajan, una Elisabeth Schwarzkopf...". No he visto esa película, pero hace unos tres años tuve la suerte y el placer de asistir en el Teatro Real de Madrid a esa fantástica obra que es El Caballero de la Rosa. Lo que me lleva al precioso libro La mujer silenciosa, en el que Luis Bodelón habla de la ópera de ese título que Richard Strauss compuso con la colaboración del escritor Stefan Zweig. Estrenada en el espléndido Teatro de la Ópera de Dresde en 1935, cuando el régimen nazi se había hecho con el poder, el músico sufrió las consecuencias de haber escogido como autor del libreto a un escritor judío como era Zweig. Yo no he visto representada La mujer silenciosa, pero en el Teatro de la Ópera de Dresde vi el Nabucco de Verdi. Y hace poco más de un año tuve la suerte de ver y oír en el Teatro Real de Madrid la ópera de Richard Strauss Capriccio, que guarda una cierta relación con La mujer silenciosa y que, por tratar de la pugna de un poeta y un músico, es, de alguna manera, una "meta-ópera", según se ha dicho. Pues bien, Luis Bodelón ha venido a hacer en Diálogos con la Cultura "meta-literatura", ya que, en ese libro, mediante el diálogo, diferentes autores contemplan desde una cierta altura sus propias obras y la creación literaria, la vida del arte y el mundo de la inteligencia.

Del gran dramaturgo y persona Antonio Buero Vallejo, puedo decir que fui a la representación de varias de sus obras cuando se estrenaron, siendo yo todavía casi un adolescente, y participé en la representación de En la ardiente oscuridad, que hicimos en el Instituto Cardenal Cisneros de Madrid allá por el año 1962. Si no recuerdo mal, leí un breve texto antes de empezar la función. La protagonizó un compañero, amigo y excelente poeta, César Ballester, que esa tarde demostró ser también un gran actor.

Antes de transcribir las frases que he escogido de Buero Vallejo, debo decir que Luis Bodelón es, y sobre todo ha sido, un hombre de teatro que, en 2014, publicó un libro de casi trescientas páginas titulado El Teatro y el Crítico, y que tiene como subtítulo estas palabras: Entre el autor, la obra, el director, los actores, las escuelas, las salas, los festivales y el público.

No se podría decir con menos palabras lo que es, en conjunto, el teatro. En ese libro figuran dos interesantes entrevistas a Buero, que complementan muy bien la que alberga el presente libro.<sup>1</sup> Como título de la primera pone Luis Bodelón esta frase de nuestro dramaturgo: "O recuperamos las esencias teatrales, o el teatro se extingue". Pero vayamos ya a las tres frases que he seleccionado de Buero Vallejo. Obviamente, tratan de diferentes aspectos del teatro. Del teatro de la vida, podríamos decir. Pues Buero era un gran conocedor de esas dos clases de teatro.

"Simpáticos u odiosos, son los personajes que prefiero. Creo que un personaje odioso no lo es nunca del todo, y los personajes simpáticos nunca dejan de tener alguna mezquindad. Yo creo que los seres humanos somos un poco así, mezclados".

"La tragedia aborda un problema humano de lucha entre la necesidad y la libertad, que puede arrojar alguna luz sobre ese enigma que llamamos destino".

"No creo que haya un autor de teatro que no lleve dentro de sí un actor".

El recuerdo que tengo de Buero, cuando lo veía en el café Gijón o caminando en el Paseo de Recoletos, era el de un hombre introspectivo, casi ensimismado, de expresión austera, casi dolorida, que caminaba con la cabeza inclinada hacia abajo, como si no quisiese dejarse cautivar por el mundo que le rodeaba, y como si se debatiese entre la necesidad y la libertad, se sintiese obligado a armonizar la figura del autor y la del actor que llevaba dentro.

Del gran pintor Antonio López me ha llamado la atención la opinión que le merece el llamado "país del arte": "Italia [...] me decepcionó; había soñado tanto a través de las fotos que, en la realidad, después, me di cuenta de que, entre cosas maravillosas, hay otras muy escolásticas, muy de receta; no todo era fascinante". Entiendo que un artista que, como Antonio López, se desvivía por representar la realidad, se sintiese defraudado

---

1.- Editor y autor han optado por incorporar la segunda de esas entrevistas citadas, que fue la última realizada a Buero, al presente libro. Así se reúnen aquí el primer y el último encuentro entre entrevistado y entrevistador.

en Italia. Pues los artistas clásicos italianos tienden a crear bellas (y estereotipadas) ficciones, a someter la representación de la realidad a las exigencias de la Escuela.

De Rafael Alberti, uno de los grandes poetas de la Generación del 27, me limitaré a transcribir seis frases, que vienen a ser un autorretrato. Un poético autorretrato:

La poesía “es mi lenguaje normal, natural. [...] Soy un poeta que oscila –yo y otros poetas del 27– entre la tradición y la vanguardia”.

“Yo empecé siendo pintor; lo dejé momentáneamente; pero volvía a ello con muchísima fuerza. Se puede decir que en la actualidad tengo las dos vocaciones, la poesía y la pintura”.

“Yo tengo, como García Lorca y otros poetas, músicos que han puesto música a nuestras canciones, como Serrat, Paco Ibáñez...”.

“Era un momento cultural –el de la Residencia de Estudiantes– con mucho amor por las canciones. Yo no rehúyo la canción, cuando viene”.

“Yo no soy un poeta de guerra. Soy un poeta de la paz”.

“Yo he nacido junto a un río [...] el río del Olvido, el río Guadalete, que eso significa en árabe”.

Sospecho que un cierto culto al Olvido fue muy importante en la vida de Alberti. Pero que no lo fueron menos su paso por la Residencia de Estudiantes, su dedicación a la pintura, su afición a la canción, el deseo de conciliar Tradición y Vanguardia, y la esperanza de que las aguas del río Guadalete cubriesen ese mundo de guerras que le tocó vivir.

Obviamente, no he pretendido hacer un resumen de las entrevistas recogidas en este libro, sino solamente destacar momentos que me han parecido especialmente sugerentes. Y pasando ahora, finalmente, a mi entrevista..., confieso que no sabría qué frases elegir. Por eso me he confiado a la suerte. He abierto al azar Cuadernos Hispanoamericanos y he puesto el dedo, también al azar, en esta frase:

“Desde muy joven, desde que empecé a cultivar la literatura, más o menos cuando tenía catorce años, siempre tuve una

doble tendencia: la de conocer lo último que se hacía –estar en vanguardia– y, al mismo tiempo, impregnarme de los clásicos”.

Dejemos que sea mi conversación con Luis Bodelón la que aclare esta confidencia y explique también la apelación a “la vida y la cultura” que ha añadido a mi nombre. Seguro que el lector, ahora que tiene en sus manos este libro, experimentará el fenómeno de la sincronía del que han sido fruto estas páginas, pues no podrá sino sincronizar con todos los que aquí figuramos por habernos visto Luis Bodelón como atentos observadores en estos Diálogos con la Cultura.

Ignacio Gómez de Liaño  
(Madrid, 23 de septiembre de 2020)